

CAPÍTULO 1

JESUCRISTO EN LA VIDA OCULTA

(...)

9. En Nazaret

La infancia de Jesús fue magnífico ejemplo de humildad y cumplimiento del deber.

En una casita silenciosa de un pequeño lugar vivió treinta años... ¿Quién? *El Hijo de Dios*.

Imagínate con frecuencia ¿cómo sería Jesús a los doce, catorce, dieciséis años de edad?

¿Cómo pasaba el tiempo, cuando tenía la misma edad que tú? Se levantaba de madrugada, y lo primero que hacía era postrarse ante el Padre celestial, y expresarle con oración cálida y fervorosa su amor.

¿Y tú? ¿Haces tu oración de la mañana? ¿Tratas de hacerlo con fervor? ¿No a la fuerza, no solamente porque un deber te lo impone, sino principalmente porque sientes que tu alma necesita las gracias que se obtienen en la oración?

¿Y durante el día? ¿Cómo pasaría la jornada el joven Jesús? Compara minuciosamente su modo de vivir con el tuyo; verás qué propósitos de enmienda y qué firmes decisiones brotarán, como por magia de tal comparación.

Imagínate por ejemplo, cómo debió jugar Jesús con sus compañeros y cómo juegas tú. ¡Qué alegre, justo, limpio y honesto debió de ser! Era el Hijo de Dios y no se jactaba de su excelsa categoría. Aun más, sus compañeros de juego ni siquiera lo sospechaban.

¿Y tú? ¿Te envaneces de tu ropa? ¿Te jactas de la posición de tus padres? ¿Te enorgulleces de tu físico?

10. Trabajo

O bien imagínate, por ejemplo, cómo cumplía sus deberes el joven Jesús y cómo cumples tú los tuyos.

Jesucristo hubiera pasado con preferencia todo el día sumido en meditación, adorando a su Padre celestial. Y lo hacía en los momentos oportunos. Mas cuando era hora de trabajar, no vacilaba un solo momento en hacer todo cuanto se le mandaba, porque sabía que bien rezando, bien trabajando, en todos los casos cumpliría su deber: y *el cumplimiento del deber es servicio de Dios*... Trabajaba mucho, pero durante el trabajo levantaba su espíritu al Padre celestial.

Tienes que resolver un problema difícil de matemáticas; sudas con tanto esfuerzo; de repente te llama tu madre: “Carlitos, ve a la oficina y dile a tu padre tal o cual cosa...” ¿Te encoges de hombros, esbozas una mueca de disgusto, o saltas alegre al instante diciendo: “Ya voy, mamá”?

Una hermosa tarde, llena de sol... Los amigos te invitan a una excursión, pero tienes que estudiar. Un duro combate se traba en tu interior. ¿Sabes fallar con decisión heroica en favor del cumplimiento del deber?

Durante horas y más horas estás sentado junto a tus libros, o sudas en el taller o en la fábrica. ¿Sueles levantar tu alma, aun en medio de las mayores ocupaciones y trabajos, a Dios, con una oración de pocas palabras, como lo hacía el joven Jesús al trabajar?

Y cuando llega la noche, por mucho que hayas trabajado o estudiado, por muy cansado que vuelvas, o por muy agotado que llegues del paseo, ¿rezas siempre, sin excepción, tus oraciones, dando gracias a Dios y pidiéndole su auxilio para en adelante?

¿Podrías imaginarte que Jesús joven se fuese a descansar una sola noche *sin haber rezado*?

Y por la noche, después de acostarse, cuando un silencio profundo envolvía el pequeño aposento de Nazaret, ¿cuáles habrían de ser los últimos pensamientos de Jesús? Su alma perseveraba en comunicación con el Padre celestial. Sus pensamientos estaban puestos en Él hasta que se dormía.

Y ¿cuáles son los últimos pensamientos tuyos después de acostarte? ¿Piensas en Dios, en Nuestro Señor Jesucristo o más bien tu cabeza está llena de pensamientos superficiales, despreciables o, quién sabe, de imágenes tentadoras, pecaminosas?

El mejor medio de asegurarte una noche tranquila y un descanso reparador, es imaginarte, después de tus oraciones, que tu Amigo divino, el Jesús bueno de catorce, dieciséis, dieciocho años de edad, está sentado a tu vera y tú inclinas tu cabeza cansada entre sus manos benditas.

Muy provechoso te será considerar de un modo especial *la manera cómo Jesús trabajaba en casa*.

Porque en Nazaret su vida no era cómoda. Tuvo que trabajar mucho. ¿Cómo lo sé? Me lo indica el nombre que le dieron los hombres llamándole “el hijo del carpintero” (Mt. 13, 55), y sencillamente “artesano” (Mc. 6, 3).

¿Tienes imaginación? Imagínate, pues, al joven Jesús: trabaja durante largas horas inclinándose sobre la madera, la sierra encallece sus manos, pero una serenidad, paz y gracia indecibles inundan aun en medio del trabajo su joven rostro.

¿Qué ejemplo quiso ofrecernos con esto Nuestro Señor Jesucristo? Quiso pregonar en su vida esta ley: quien quiera que seas, hijo de padres pobres o de padres ricos, no te es lícito pasar la vida sin hacer nada; de un modo u otro has de trabajar.

¡Cuántas cosas recibes de tus padres! Y ¿qué les das en compensación? ¿Procuras por lo menos demostrar tu agradecimiento con amabilidad, con prontitud en la obediencia y con tu manera de estudiar o trabajar? Yo miro con respeto a todo joven que ayuda de un modo u otro a sus padres.

Recuerdo a un estudiante de los últimos cursos, que —por necesidad— hacía todos los trabajos de la casa y con todo siempre tenía las mejores notas... ¡Bien por ese joven!

Felicitaciones también al que explica la lección a sus hermanos menores, al que se arrodilla junto a ellos por la mañana y por la noche para enseñarles a rezar. Felicitaciones al joven que en la casa, en el negocio, o en cualquier otra cosa sirve a sus padres de ayuda.

Hay otra clase de jóvenes. Algunos no se avergüenzan de tocar el timbre para llamar a la madre y decirle que le traiga un vaso de agua... de allí mismo, de la canilla. Hay otros que si un día se levantan de mal humor, hacen sufrir las de Caín a todos. Otros lo exigen todo de los demás, pero no ayudan por nada del mundo, en la cosa más sencilla a los de casa.

Quizás tus padres no necesitan que les ayudes con un trabajo corporal. En tal caso, ¿cómo puedes imitar a Cristo en su vida de trabajo? Estudiando con empeño, cumpliendo escrupulosamente tus deberes.

¡Deber! ¡Palabra grande y santa! El soldado que pierde la vida en el frente, cumplió su deber. El médico, el sacerdote quedó contagiado por el mal del enfermo... mientras cumplía su deber. ¿Y el estudiante? Pues, sí, señor; el estudiante se sienta junto a sus libros, y estudia, estudia, aunque le sea cuesta arriba; con esto cumple su deber.

La tierra no debe sustentar a vagos y zánganos. El hombre ha de trabajar; no importa el modo: si remienda zapatos o aprende francés, si remueve la tierra con el arado o si suda con problemas de senos y cosenos, si su trabajo es corporal o espiritual: pero de un modo o de otro todos hemos de participar en aquel proceso de trabajo con que la humanidad va cumpliendo el mandato del Creador y toma posesión de la tierra.

“Pero, ¡es tan pesada y aburrida la lección!” Así se disculpan a veces algunos jóvenes. Claro, el estudio no es grato siempre. Pero al campesino tampoco le resulta grato el arar, ni al metalúrgico tener que luchar con hierros. El trabajo es al par sufrimiento y dolor (en latín la palabra “lābor” significa tanto el “trabajo” como el “cansancio”) y justamente por esto viene a ser el pago de una deuda: de la deuda que la humanidad contrajo con Dios por la primera rebeldía.

La penitencia del pecado original es que todos los hombres trabajen con sudores; y para que tal penitencia resultase más fácil, Jesucristo nos dio el ejemplo más brillante, pasando en trabajos los treinta y tres años de vida, siendo así que a Él no le rozó el pecado original.

Quiero ahora proponer una cuestión. Me dirijo a los jóvenes aquellos cuya vida no es otra cosa que una larga cadena de noches pasadas en diversiones y de días pasados en sueño; aquellos que con mentiras magistralmente urdidas saben arrancar el dinero de sus padres y despilfarrar grandes sumas; aquellos que piden dinero para los “exámenes”, “para los libros de texto”, para las “cuotas del club”, para “el colectivo”...; aquellos que sólo se cansan con tanto bailar y divertirse, pero nunca por “trabajar”.

Les pregunto: ¿De verdad creéis que Dios Nuestro Señor dividió a la humanidad en dos grupos: el grupo de los que se divierten y el de los que sufren estrecheces, el grupo de los vagos y el de los trabajadores?

Acaso ahora, en el mismo momento en que tú te diriges a bailar por milésima vez, está agonizando a diez mil kilómetros lejos de ti, abandonado de todos, en algún bosque virgen del África, un misionero que dejó a sus padres y hermanos, que lo dejó todo y se fue a predicar la fe de Cristo en medio de pueblos salvajes, y ahora se ahoga bajo las garras de la malaria...

Acaso ahora, en el momento en que tú sales para alguna fiesta, entra en su casa agotado un padre que tiene ocho hijos, un hombre que ha tenido que sudar y penar todo el día para ganar el pan cotidiano...

Acaso ahora, cuando tú vas a matar el tiempo, se descoyunta en el cumplimiento del deber un hombre que lucha... Dime, pues: *¿crees tu que ante Dios tenéis los dos el mismo valor? ¿Puedes pensar con tranquilidad en la rendición de cuentas si no has trabajado en tu vida?*

¿Te acuerdas de lo que dijo Jesús al dueño de la higuera estéril? *“Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no le hallo. Córdala, pues... ¿para qué he de ocupar terreno en balde”* (Lc. 13, 7).

Otra clase de hombre puede aprender también de Jesús: aquellos que *se matan de tanto trabajar*. Es muy difícil conservar el justo medio en todas las cosas, por lo tanto también en el trabajo. Y por esto vemos junto al grupo de los “haraganes” el de los “hombres-máquinas”.

¿Quiénes son éstos? Los de espíritu mezquino, esclavos de la máquina y de la técnica; los que van pasando año tras año en un trabajo incesante, agotador, sin descanso; los que desde la madrugada hasta la noche no divisan más blanco que el dinero, y mientras se matan poco a poco, con los ojos inyectados en sangre o con un cálculo frío, glacial, se va entretanto consumiendo en ellos todo ideal, se muere la religiosidad, se petrifica el corazón, se extingue el espíritu. ¡Pobres hombres- máquinas! Trabajan — ¡y cómo trabajan!— pero no según el plan y ejemplo del Señor.

También Jesucristo trabajó mucho en el taller de Nazaret, pero el trabajo no le absorbía por completo y aun en los días más atareados aseguraba unos momentos o unas horas de solaz para cumplir con las exigencias del alma, para meditar.

Hijo mío, cuando al cabo de muchos años sientas cada vez más que el ritmo jadeante de un vivir agitado quisiera sofocar las exigencias de tu alma, acuérdate del ejemplo de Nuestro Salvador.

Por muchas ocupaciones que tengas, por muy difícil que sea el examen que has de rendir, siempre has de tener tiempo para compaginar tus trabajos con las necesidades de tu espíritu.

11. Jesucristo a los doce años

Al cumplir los doce años, Jesucristo acompañó a sus padres con motivo de las fiestas de Pascua, al Templo de Jerusalén. Ya de regreso, en el camino, notaron sus padres que no estaba con ellos el joven Jesús. Después de buscarle detenidamente y con gran zozobra, le encontraron al cabo de tres días en el Templo, sentado entre los doctores, escuchándolos y dirigiéndoles preguntas (Lc. 2, 41-48).

Al leer este pasaje lleno de interés, se nos ocurren dos pensamientos: *la tristeza de la Virgen Santísima y la humilde sencillez del joven Jesús*.

La Virgen Santísima buscó con gran dolor al Hijo perdido. ¿Tienes tú el mismo afán por encontrar de nuevo al Señor, cada vez que le pierdes por un pecado grave? La Virgen María no descansó ni de día ni de noche hasta que halló a su Hijo.

Tú también has de tener el alma tan sensible a esta pérdida, que no pueda pasar un solo día en pecado grave, y sientas desazón basta encontrar en la Penitencia con la gracia del perdón al Cristo que perdiste.

Jesús, el que todo lo sabe, está sentado entre los ancianos con mansa humildad, como si Él hubiera de aprender cosas nuevas; y les dirige preguntas con amable atención, como si necesitara de sus respuestas. A muchos jóvenes engreídos no estaría mal mostrarles con colores vivos el ejemplo del joven Jesús que escucha con atención y pregunta con humildad.

Por todas partes oímos en tono de queja que los jóvenes de hoy son despectivos, presuntuosos e incorrectos delante de los hombres adultos. El joven Jesús sabía más que todos los sabios del mundo juntos; y, sin embargo, ¡con qué atención escuchaba! ¿Y hoy? Cuanto más ignorante sea un joven, con mayor suficiencia habla, siempre a tontas y a locas; cuanto menos conoce, con tanta más facilidad critica a todos los demás, sin perdonarles nada.

¡Joven lector! si te preguntan, contesta cortésmente; y si tienes deseo de saber algo, pregúntalo con modestia, para que todo tu comportamiento irradie la delicadeza de un joven inteligente, que tiene la mente despejada, y el espíritu educado. Imita el ejemplo del joven Jesús en el Templo, a la edad de doce años...

El deseo impetuoso de ser ya hombre, vibra en todo joven sano. Esto no es orgullo ni engreimiento. Aún más, el joven que no tiene grandes planes para el porvenir, o es que perdió su fuerza corporal en alguna enfermedad, o las energías de su espíritu fueron paralizadas por el viento glacial de algún pecado grave.

La humildad puede muy bien compaginarse con los planes de gran aliento y empuje. Pero el que quiera descollar, algún día, ha de saber discernir cuál es la verdadera grandeza.

César, siendo aún joven funcionario del Imperio, se detuvo con admiración ante la estatua de Alejandro Magno en España. Entonces en él nació el pensamiento de ser hombre grande y célebre. Después movió en Roma una sangrienta reyerta para dar celebridad a su nombre. ¿Crees que es éste el camino de la verdadera grandeza?

Quiero suponer que tú juzgas con más rectitud; no anhelas una fama que llegue con ríos de sangre, pero tienes ansias de ser gran escritor, político, pintor, ingeniero, filósofo... ¡Imposible! No para todos está abierto el camino.

Nuestro Señor Jesucristo, *el obediente y el trabajador*, nos abrió estos dos caminos, la obediencia y el trabajo, para llegar a la verdadera grandeza; y todos podemos andarlas. Aun con ser Hijo de Dios, no se avergonzó de obedecer a los hombres y trabajar como ellos.

A la entrada del jardín botánico de Giessen se lee la siguiente inscripción: *Deus in minimus maximus. Dios se muestra grande en las cosas pequeñas.*

Prueban esta verdad no sólo las sabias e innumerables leyes que rigen la vida maravillosa de las plantas, las cuales trabajan en silencio, en secreto, sin ser notadas por los ojos del hombre, sino también el alma joven y amorosa que despide sus fragancias en medio de un trabajo humilde, silencioso, iluminado de sol, y va creciendo en perfección a los ojos de Dios.

Jesucristo nos dio ejemplo de sumisión a sus padres terrenos al par que a su Padre celestial.

He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado (Lc. 2, 48-50).

12. “En las cosas que son de mi Padre”

Cuando por fin encontraron a Jesús, *“su madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando. Y él respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabías que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre? Mas ellos, no comprendieron el sentido de su respuesta”* (Jn. 6, 38).

Sabía Jesús la tristeza que había de causar a sus padres al separarse de ellos; pero no tuvo en más la aflicción de ellos que la voluntad de Dios.

Sabía que conforme a la voluntad de su Padre celestial había de ocuparse en “las cosas de Su Padre”, es decir había de consagrarse a los intereses de Dios; y en el cumplimiento fiel de la divina voluntad ningún obstáculo era suficiente para detenerle.

Es un rasgo que maravilla y asombra en Jesús aun niño: ***distingue con claridad su misión, y no cede un ápice cuando se trata de cumplirla.***

Acaso tú también sientas, querido joven, una vocación que causará pesar a tus padres, o chocará con su oposición categórica. ¡Dichoso el joven que puede seguir su camino en la vida con la bendición de sus padres! ... Pero por desgracia se da con frecuencia el caso de que la voluntad de los padres se oponga terminantemente a la voluntad del hijo.

Ese deplorable cruce de caminos, esa colisión de espíritus, tiene lugar las más de las veces en el caso de que un joven inteligente, vivo, normal, generoso, sienta la invitación del Señor que le llama a “la casa del Padre”, al sacerdocio.

Hay padres, cuya vida cristiana es muy tibia, por no decir fría, que cuando uno de sus hijos les presenta la gran decisión: “Quiero consagrar mi vida a Nuestro Señor Jesucristo”, se oponen y se lo prohíben terminantemente. “Cualquier cosa. Pero sacerdote..., nunca”.

¡Hijo! En el momento de las grandes pruebas no te dejes quebrantar. Si realmente te besó en la frente Nuestro Señor Jesucristo, tu plan se verá coronado por el éxito. Permanece firme junto al Señor, conserva con tenacidad el tesoro de tu vocación santa, cuídala con esmero y constancia si tienes que esperar.

Después cuando a los ojos del mundo tienes bastante madurez, preséntate a tu padre y dile: “Padre, tengo que irme, el Señor me llama”. Y aunque a tus padres les cueste sangre del corazón darte su consentimiento, acuérdate tú de las palabras que Jesús pronunció a los doce años: *“¿No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?”*.

También hubieron de llorar la Virgen Santísima y San José cuando perdieron al niño Jesús, pero se alegró su corazón al encontrarlo en la casa del Señor; llorarán acaso tus padres por la brillante profesión a que renuncia su hijo, porque tal vez no comprendan el sentido de las palabras que tú les digas, pero —créeme— se alegrarán, cuando después de algunos años, te acompañen en la casa del Señor, delante del altar, celebrando tu primera misa.

13. “Y les estaba sujeto”

Agrega el evangelista, después de la escena del Templo, que *Jesús en seguida se fue con ellos, y vino a Nazareth, y les estaba sujeto* (Lc. 2, 51).

La Sagrada Escritura resume los acontecimientos de treinta años en estas tres palabras: *Erat subditus illis*, “y les estaba sujeto”, a sus padres; la Sagrada Escritura no consigna otro dato de la vida de Jesús hasta los treinta años: y les estaba sujeto, *obedecía...*

Fíjate bien: obedecía no sólo a los diez o doce años de edad, lo que suelen hacer sin dificultad aun los jóvenes de hoy, sino que obedecía también a los catorce, dieciséis y dieciocho años, lo que no suelen hacer muchos.

“¿Obedecer? ¡Ah! Es una exigencia que sólo puede tenerse con los niños. Cuando yo era niño, también obedecía. Pero ahora esto sería humillante. ¡A un joven de dieciséis años ya no pueden preguntarle con quién tiene amistad, adónde va por las tardes y dónde pasa las noches!”. Así refunfuñan muchos adolescentes. No tiene razón. Jesucristo, que mandó al mar, a la enfermedad y a la muerte, era obediente a su madre y a quien se creía su padre; si el Hijo de Dios pudo ser sumiso a sus padres terrenos, entonces no es humillación para el joven obedecer a los suyos y demostrarles un amor abnegado.

Lo que te pidan tus padres, hazlo inmediatamente, y no después de rezongar durante media hora. Hazlo lo mejor posible, con alma y corazón.

Si te dicen que ayudes a poner la mesa, no contestes que ahora tienes ganas de oír la radio; si te mandan al almacén, no repliques que justamente tienes que estudiar.

¡Qué disciplina sorprendemos en la Sagrada Familia de Nazareth! ¿Quién era el primero allí? Nosotros diríamos que había de ser naturalmente Nuestro Señor Jesucristo, ya que era Hijo de Dios. La segunda la Virgen Santísima. Y el tercero San José. Pero, ¿de veras fue así? De ninguna manera. Todo al revés; el primero era San José; la segunda, la Virgen Santísima; y el tercero, Jesús. ¡Admirable!

¿Qué lección quiso darnos con esto Jesucristo? Quiso darnos ejemplo de obediencia, de respeto a la autoridad, de aprecio a los padres, los superiores legítimos.

Jesucristo, que en su juventud a pesar de su divinidad, supo ser obediente a los hombres, pudo decir con derecho en la edad madura:

“Dad al César lo que es del César”, es, a saber, obedecer a los padres y cumplir también las leyes del Estado.

Respeto a la autoridad. No parece sino que tal concepto falta por completo en la mente de muchos jóvenes. ¡Oh!, ¡estos nuevos titanes!, ¡cómo saben criticar y rebajar hasta el suelo todo cuanto existe, escuela, profesor, casa, padres, catecismo, sacerdote!

Todo lo que hubo en el mundo antes que ellos, todo es «nada»... Todo cuanto se les exige en la clase no deja de ser una “estupidez inútil”. Lo que enseña la Iglesia es “un modo antiguo de pensar”. Las amonestaciones que les hacen sus padres son “cosas de viejos”.

Jesucristo estaba sumiso a sus padres. En cambio, muchos de los jóvenes modernos casi exigen que los padres los obedezcan a ellos: han de ser los padres quienes corran para satisfacer los caprichos del hijo y tenerle contento.

¡Alerta, hijo! no exijas que te sirvan en cosas que puedes hacer tú mismo; no des trabajo y fatiga cuando no es necesario. Y esto no sólo al tratarse de los padres, sino de las mismas empleadas.

“Pero.. para eso tenemos empleada —me objetarás—. No, no es para eso. La empleada está para ayudar a tus padres en la casa; pero no está para poner orden en pos de ti, cuando al acostarte tiras tus zapatos uno en un rincón y el otro donde sea; ni para correr a traerte un vaso de agua si así se te antoja.

14. El que no es comprendido

“¿Obedecer? Pero cuando mis padres no me comprenden. . .” Así se quejan muchos jóvenes, y aun algunos que pasan por buenos. Por desdicha esto ya es un problema no poco difícil.

¿Es posible que los padres no comprendan a su propio hijo? Lo es, por desgracia.

Puede ocurrir el caso de que los padres, por tener una instrucción deficiente, no comprendan el modo de pensar de su hijo, adelantado ya en los estudios, y puede acaecer también que los padres instruidos no comprendan al hijo que va bregando en las tempestades de la pubertad y tienen con ellos cierto aire de reserva y dureza. Esta “incomprensión” puede ser fuente de muchas amarguras y peleas, pero no son los padres los únicos responsables en este punto.

Pues, ¿quién?, ¿yo?

—Tampoco tú. Pero también te cabrá cierta responsabilidad si no tratas de suavizar los rozamientos.

Jesucristo era Hijo de Dios y sin embargo era obediente a un modesto carpintero. Y al enseñarle San José algún trabajo del oficio, no le decía Jesús con despecho: “¿Tú quieres enseñarme a mí? Yo todo lo sé mucho mejor que tú”, sino que se mostraba reconocido por todo lo que hacían en favor suyo sus padres.

Los tuyos quizás de posición modesta no aprendieron las matemáticas superiores ni leyeron a Tácito; y así “tú sabes más que ellos”... de matemáticas y de inglés, en cambio saben ellos de la vida mucho más que tú y además tienen el amor paternal, a cuyo calor pueden fundirse todas las incomprensiones.

Si tu madre viuda cuida de ti, “joven ya hecho”, con la misma solicitud que cuando eras niño, y aún ahora te da consejos como antaño lo hacía con el adolescente, has de sentir en su proceder el amor materno siempre afanoso; y no te enojés, no te desesperes, no cierres con estrépito la puerta, no salgas malhumorado de casa aun cuando las órdenes de tu madre te parezcan inoportunas, sino véncete y —por mucho que te cueste— besa sus manos maternas.

¡El mismo Hijo de Dios obedeció a un humilde artesano! Le obedecía en las cosas más ordinarias. ¡Treinta años de aleccionadora obediencia!

¿Treinta años? No. Aún más. Obedece hoy todavía. ¿A quién? Obedeció a la ley mosaica, por ejemplo, en acudir al Templo..., para servirnos de modelo a nosotros. Obedeció a las leyes civiles.

Obedeció... a quienes le pedían algo.

Señor, ten compasión de mi hijo, porque es lunático y padece mucho (Mt. 17, 14), así le suplicaba un padre, y el Señor curó al hijo... *Señor hijo de David, ten compasión de mí; mi hija es cruelmente atormentada por el demonio* (Mt. 15, 22), así exclamaba una pobre madre, y Jesús hizo lo que ella le pedía. Obedeció en el Calvario a sus verdugos -.

Aún hoy sigue obedeciendo... al sacerdote que pronuncia las palabras de la consagración. Por ellas se hace presente Jesús en cualquier momento bajo las especies sacramentales.

Si el Hijo de Dios te brinda un ejemplo tan constante de obediencias ¿te es lícito a ti obrar de otra manera y mostrarte descontento? *Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra* (Jn. 4, 34).

15. “Crecía en sabiduría”

Jesús, entretanto, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (Lc. 2, 52).

¡ Esto sí que no lo comprendo! —exclamas—. ¿Cómo?, ¿de manera que Cristo crecía en sabiduría?, es decir, ¿era más docto, más sabio de día en día?

No, no. En Él hubo siempre plenitud de sabiduría, pero al principio estaba escondida y Él dejaba traslucirla más y más de año en año.

Pongamos un ejemplo; el sol que sale, también tiene toda su luz y todo su calor, y con todo va creciendo por momentos en calor y luz.

Además Jesucristo quiso servirnos de modelo en todo, y por esto se acomodaba a nosotros como hombre en todo lo posible.

Él nos exige que seamos cada día más perfectos; que nos acerquemos a Él — aunque paso a paso— cada vez más. Jesucristo quiso dar ejemplo de vida a todos: al niño, al joven, al hombre maduro; y por esto quiso pasar por los diferentes grados de vida: fue niño balbuciente, fue párvulo juguetero, fue joven que se divertía con los compañeros y fue hombre maduro.

“Todo lo ha hecho bien”, escribe de Él el evangelista (Mc. 7, 37); sus actos todos correspondían lo mejor posible a la edad que tenía. No quiso santificar la vida con un comportamiento extravagante. Niño, no quiso pasar por joven, sabía jugar con niños de su edad y reírse de corazón. Joven, no imitable a los hombres, no criticaba con desprecio al mundo entero.

Cuando llegaba la hora de la oración matutina, no seguía perezoso en la cama; si tenía que trabajar, no jugaba; cuando había de dormir, no se ponía a trabajar con apuro para compensar el tiempo perdido.

En el mundo todo se desarrolla, todo crece. El grano diminuto sepultado en la tierra, empieza a germinar, echa raíces, sube después y se transforma en árbol. Del huevo sale la larva., ésta se transforma en crisálida, de ésta sale la magnífica mariposa.

La ley natural del desarrollo y crecimiento también se realiza en ti. Tú también creces de año en año; sobre todo a la edad de catorce, quince, dieciséis se verifica en ti un desarrollo repentino. ¡Alerta! esta época es para muchos jóvenes justamente la época de la perdición.

De las profundidades de la vida, es decir, de los instintos, suben pensamientos, anhelos desconocidos, sospechas tenebrosas; ¡cuidado, hijo!, esfuérzate por crecer “en sabiduría y en gracia” y no rodar por la pendiente de perdición, que desemboca en un pantano espantoso.

Todo joven que trabaja con religioso fervor en modelar su alma, infunde respeto. ¡Quién sabe adónde llegará!

El joven José, de Israel, fue quien salvó a su pueblo de la muerte de hambre. El joven David venció al enemigo, al gigante Goliat. Darío, el rey persa, mandó un látigo y un juguete en tono burlón a su joven amigo Alejandro Magno y el joven macedonio llegó a ser no obstante conquistador de varios imperios.

¡Qué equivocado era el juicio de la gente respecto al joven Santo Tomás de Aquino o al joven San Francisco de Asís!

Clemente Hofbauer, el mayor santo de Viena, se hizo aprendiz de hornero. Los compañeros más fieles de San Pablo y su mayor ayuda fueron dos jóvenes: Tito y Timoteo... Sí, toda alma joven infunde respeto y hace concebir esperanzas llenas de misterio.

El alma del joven es como el mar: en su fondo se ocultan perlas preciosas, pero... ¡cuántos peligros! El alma del joven es como el bosque virgen: bandadas de aves canoras vuelan en él, pero... ¡qué terribles las fieras que se cobijan en su espesura!

¡Qué increíbles desengaños hube de sufrir ya en mi carrera de educador! Aún está viva en mi la memoria de aquellos muchachos de catorce o quince años, cuyos ojos eran puros y rebosantes de alegría... y “crecieron”, pero no “en gracia” ante Dios. Sus piernas se alargaron de mes en mes, su peinado se presentaba cada vez más cuidado, su modo de vestir más a la moda, su manera de bailar más perfecta, su conversación más actualizada, pero... ¡sus pensamientos, sus expresiones, su comportamiento también se tornaron cada vez más licenciosos, su alma más sensual y más frívola!

Un día... quedó empañado el brillo de sus ojos... se desfloró en su rostro la rosa del alma virginal..., se derrumbó en su interior el templo de Dios; y el joven, caído en pecado, apoyando su frente en las manos, llora desesperadamente sobre sus propias ruinas.

Dime, hijo, ¿cómo creces tú? Hace seis años que fuiste confirmado; ¿eres mejor hoy de lo que fuiste aquel día? Hace tres años que participas de un grupo apostólico; ¿tu carácter es más constante, tu alma más pura, tu formación más amplia?

En la edad crítica, a los quince o dieciséis años, no puedes poner orden en las inclinaciones instintivas que se despiertan en ti, sino imponiéndote una disciplina férrea; únicamente así podrás crecer no sólo en años, sino también en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres.

16. “Eres capaz de más”

Vi en una iglesia un interesante monumento funerario. En el escudo del muerto se leía la magnífica divisa: *Plus est in vobis!* “Eres capaz de más”.

Al meditar ahora cómo iba creciendo Jesucristo, me acuerdo de aquellas palabras. Sí, es esta una divisa magnífica, digna de ser escogida como norte de toda la vida por un

joven magnánimo, noblemente ambicioso, que sabe sentir entusiasmo por los grandes ideales.

Por excelente que haya sido mi trabajo, por muchos elogios que me hayan dedicado los otros... no descanso: “Eres capaz de más”; así espoleo mis ánimos. Oigo encomios por todas partes, que soy un buen estudiante, buen amigo, amable..., no descanso: “Eres capaz de más”. Me condecora el capitán de los *scouts*, como el número uno del campamento..., no descanso: “Eres capaz de más”.

Examino por la noche mi conciencia y veo con alegría que estoy mucho más cerca del Señor que hace un año, por ejemplo..., no descanso y sigo repitiéndome cada noche: “Eres capaz de más”.

Pero, ¿no me conducirá esto al orgullo, a la altanería? —me preguntas tal vez—. No. Mucho más fácil es que se vuelva *orgulloso el que se contenta en seguida consigo mismo*: el no estar satisfechos con los propios actos, aunque buenos, y despabilarnos continuamente con *ascende superius... sube... sube todavía más...*, es medio excelente para educarse a sí mismo.

El mismo Jesucristo que iba creciendo en sabiduría y en gracia de día en día, nos prescribió esta divisa cuando dio su mandato: *Sed perfectos así como es perfecto vuestro Pedro celestial*.

San Pablo también inculca el trabajo espiritual a los fieles cristianos con este símil magnífico: trabajad porque *“vosotros sois el campo que Dios cultiva”, “agricultura Dei estis”* (1 Cor. 3, 9).

En tus oraciones silenciosas y ardientes levanta reiteradas veces tu mirada a los ojos de Nuestro Salvador y procura moldear en tu alma su santo rostro.

Habrán ya notado que a través de dos mil años, centenares y millares de pintores procuraron dar vida en sus lienzos con formas las más variadas, al rostro divino del Redentor. Cada artista puso a contribución lo mejor de sus fuerzas y de su talento para este trabajo; y con todo no hay pintor en el mundo que haya podido reproducir con tanta fidelidad la semblanza del Señor, como puedes hacerlo tú, si tienes el vivo anhelo de moldear, en tu alma dúctil, la figura del Salvador.

El mandato de Jesús dice: *¡Sed perfectos!* Y esto no es una expresión poética. El honor más alto del alma cristiana es ser, mediante una imitación fiel, otro Cristo: *¡Christianus alter christus!*

¡Qué dilatados horizontes de pensamientos nobles y confortantes abre ante mí esta palabra! Si yo soy copia de Cristo, si soy otro Cristo, entonces, ¡qué puro ha de ser mi corazón, qué noble mi modo de pensar, qué disciplinado mi lenguaje, cómo he de vigilar cada una de mis miradas, cómo debo extirpar todos mis defectos! Es decir, cuántas veces tengo que repetirme: “Eres capaz de más”.

¡Siempre adelante! Porque quien está satisfecho de sí mismo, tiene un gusto deplorable.

17. El gran descubrimiento

Si logras dar fuerza vital al pensamiento —fuente de energías— de que “eres capaz de más”, te servirá muchísimo en los combates del espíritu, en la lucha contra las tentaciones.

Pongamos un ejemplo. Un joven desea librarse del pesado cautiverio de un vicio ya inveterado. Acaso se dejó esclavizar cuando aún era adolescente, un mal compañero le abrió los ojos en mala hora; él entonces ni siquiera sabía qué cosa era el pecado; se creía que era un delicioso juego.

Cuando joven, se dio cuenta de repente del mal que lleva consigo el pecado del cual es preso, y con todas sus fuerzas quería sacudirlo. ¡Ay! pero viene la terrible lucha: lo que tenía por costumbre de hacer acaso dos o tres veces por semana, no puede dejar de hacerlo. Se confiesa con frecuencia, comulga, hace gimnasia, es duro consigo mismo... pero en vano. Todos estos medios son útiles ciertamente, pero no le redimen del todo.

¿Qué cosa puede darle la victoria?

Escucha la frase mágica: *eres capaz de más*. Una fuente de vigor y de resistencia brota en el alma del que hace tan gran descubrimiento, el descubrimiento de *la verdadera fuerza de voluntad*.

No digas, pues, desalentado: «Es inútil. A mí nada me ayuda. Si viene la tentación..., lo sé de antemano, caeré». Claro que caerás si antes ya estás convencido de ello, si ya sabes que *has* de caer. Pero es justamente tal convicción lo que te pierde. ¡No! “Eres capaz de más”.

Y no muevas desesperanzado la cabeza cuando te cerca la tentación; y no repitas asustado: “¡No quiero hacerlo. No quiero!”... Di tranquilamente, sin excitarte, en el tono más natural del mundo, pero con una decisión incontrastable: “No lo haré”.

No quiero hacerlo y no lo haré, ¿no vienen a significar lo mismo? No. Con la primera locución muestras poca seguridad; “No quiero; pero ¡ay! demasiado sé que no cumpliré la palabra”. En cambio con la segunda frase parece que dices: “Soy capaz de más: seguramente lo cumpliré”.

“Pero, cuando sé de antemano que no podré vencer”... —me objetas de nuevo.

Espera un momento. Coloco sobre tu mesa un vaso lleno del más fuerte veneno y te digo: “Si quieres, puedes bebértelo: si no quieres, puedes dejarlo”. Me contestas riéndote: “Aunque esté aquí cien años, no lo beberé”.

Observa que has dicho: “No quiero beberlo”. ¿No? Pues, ¿qué dijiste? “No lo beberé”, y no y mil veces no. ¡Qué seguro estás! Y ¡qué natural te parece!

Acabas de descubrir que a pesar de todo hay en ti una voluntad triunfante, firme como la roca. Y este descubrimiento te salvará la vida del alma, con tal que actives esta voluntad en el combate contra tus inclinaciones pecaminosas, *Je peux! Je veux! Je commence!* ¡Puedo! Quiero! ¡Empiezo!

18. La madre de Jesús

Belén, los tres Magos, la huida a Egipto, Nazareth..., son palabras que nos traen a la memoria juntamente con el Niño Jesús a la Virgen María. Los nombres de *Jesús y*

María son inseparables, y el que quiere mucho a Jesucristo, necesariamente sentirá profundo afecto a su Madre Santísima.

No podemos despedirnos de la vida oculta de Jesús, sin dedicar un recuerdo a su Madre amorosa, solícita, llena de ansias, la Virgen Santísima. María pasó treinta años sin interrupción junto al Señor; le guardaba, le cuidaba, le mostraba a los hombres, trabajaba por Él.

La Virgen María guardaba a Jesús. Imagínate la dulce alegría y el amor delicioso que debió latir en su corazón al tener en su regazo al Redentor del mundo, al mirar sus ojos divinos, llenos de sonrisas. Pero sigue pensando a la vez: Señor mío, Jesucristo, así moras Tú también en mi alma siempre que puedo afirmar sin mentira que vivo libre de pecado.

Después de una confesión bien hecha siento un gozo que conforta, una dulzura inefable que inunda mi alma. Guardo a Jesucristo en mi corazón...

¿Exagero? No. Es el mismo Señor quien lo dice:

“Cualquiera que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, habitaremos en él” (Jn. 14, 23).

Hijo amado: guarda fielmente a Jesucristo. Huye de las tentaciones como huyó de Herodes la Virgen Santísima con el niño en los brazos; y si no puedes evitar la tentación, pide a María con fervorosa confianza:

“Virgen Santísima, Madre mía, guarda en mí a Nuestro Señor Jesucristo, como le guardaste del puñal asesino de Herodes”.

La Virgen María cuidaba del Señor. Jesucristo pasó por todos los grados de la vida humana: fue niño, sintió hambre y sed, tuvo sus juegos y descansos, creció. Todo cuanto necesitaba lo recibía de María; no escatimaba fatigas. ¡Qué alegría para ella ver desarrollarse, crecer de día en día a Jesús!

Hijo mío, ¿crece también en ti el Señor? Porque tal es la voluntad de Dios. Cuando lees un pasaje del Evangelio o estudias el catecismo, u hojeas un libro religioso o formativo, o escuchas un sermón, el Señor va creciendo en tu espíritu. Cuando rezas, o te confiesas o comulgas, o vences la tentación, el Señor crece en tu alma.

La Virgen María mostró además al Señor. Vinieron los pastores para adorarle y fue la Virgen Santísima quien les mostró en sus brazos al Niño Jesús; vinieron los Magos del Oriente y encontraron al Señor en el regazo de su Madre.

El vaso sagrado en que hoy se guarda la Hostia es llamado “ostensorio” porque ostenta, muestra a Cristo. El primer ostensorio fue la Virgen María.

Tú también has de serlo. Una exigencia sublime de nuestra religión sacrosanta es que todo católico sea otro Cristo. El que te vea, el que vea tu formación, tu generosa prontitud, tu mansedumbre, tu alma nítida que se asoma en tus brillantes ojos, siéntese obligado a exclamar: veo brillar en ti al Señor.

¡Oh!, ¡cómo se vislumbra en la vida de muchos jóvenes llamados católicos, la cara espantosamente afeada de Cristo! Si en este momento echas una mirada en tu alma, acaso tú también te ves obligado a exclamar con espanto: ¡Oh, pobre Cristo! ¿Qué se hizo de Ti, en mi alma? ¿Puedo consentirlo?

La Virgen María trabajó también por Jesús... Las preocupaciones del vestir..., de los cuidados... de la casa...

¿Has trabajado también tú por Cristo? Al estudiar la lección o hacer un trabajo, reza una breve oración antes comenzar y cuando termines ofrece tu trabajo al Señor... Trabaja por Él. En la oración de la mañana ofrece todos los trabajos, diversiones, recreos, cansancios, desengaños, desalientos del nuevo día al Señor, y trabaja por Él.

Durante el día, si corriges con suaves palabras la falta de un compañero..., trabajas por el Señor. Si en una reunión de amigos se ríen con chistes de doble sentido, y tú con prudencia, pero sin transigir tampoco, los haces avergonzarse y callar... trabajas por el Señor.

Tropiezas con hombres ya maduros que saben muy poco de religión sacrosanta, y les llamas la atención sobre un libro bueno o sobre una revista..., trabajas por el Señor.

Durante las vacaciones trabas nuevas amistades, tienes amigos que hace tiempo no han ido a confesarse, y un día los convences de confesarse y comulgar...; trabajas por el Señor.

Ya ves cuánto puedes trabajar por el Señor; lo mismo, lo mismo que trabajaba la Virgen Santísima durante todo el día por su Hijo divino.

19. Los treinta años de la vida oculta

Nuestro Señor Jesucristo pasó treinta años en silencio, oculto en la casita de Nazareth. Lo sabemos por una frase de la Sagrada Escritura de Jesús: *Tenía Jesús al comenzar cerca de treinta años* (Le. 3, 23).

El ministerio público de Jesucristo no abarca más de tres años, y durante treinta se preparó para esta época. Veía con toda claridad el fin de su vida terrena; anhelaba con ardor empezar su obra —ya que de ella dependía la salvación de las almas— y, sin embargo, *esperaba su hora* con paciencia, en silencio y trabajando de continuo.

Hay jóvenes, que impacientes quisieran adelantar el reloj de sus propios años. El niño que asiste a la escuela primaria ya quisiera ser joven para “poder fumar”; el adolescente quisiera tener auto y la libertad de un joven; el universitario desearía estar recibido, casado y dirigiendo una empresa.

Entiéndelo bien: no entra en mi plan ahogar en ti los miles de proyectos que te dicte una noble ambición. ¡Dios me libre! Siempre que veo a un joven que tiene planes y se enardece por nobles ideales, no puedo menos de alegrarme. Yo aplaudo a los jóvenes que quieren ser “hombres grandes”. Pero quiero también que en el hervor juvenil no tengas una exagerada estima de tus fuerzas, que trabajes por tu ambición *honradamente* y con orden.

No te creas que eres más sabio que tus antepasados, aunque no conocieron ellos el avión y la radio. No pretendas llevar la batuta en una reunión donde hay hombres mayores y de más experiencia que tú. No quieras aparecer en público antes de prepararte. No trates de cosas que no entiendes.

Principalmente no te dé vergüenza estudiar *largas horas, mucho tiempo*, con diligencia silenciosa, sin ganas de prodigarte a los ojos de los demás, para que así cuando “llegue tu hora”, cada palabra tuya tenga peso y todo el mundo te preste atención cuando saltes la palestra de la vida, aunque tu propósito no sea exhibirte.

¿A quién esperó tanto el mundo y durante tantas centurias, como a Jesucristo?
¿Quién hubo de cargar sobre sus hombros deber más pesado que el suyo? Y por fin llega el Salvador. ¿Qué hace? Se recoge en su casa durante treinta años, sin que nadie sepa de Él; espera, en silencio que llegue su hora...